

BX945  
D23  
V. 2



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

# HISTORIA

GENERAL

## DE LA IGLESIA.

### ÉPOCA TERCERA

DESDE LA CAIDA DEL IMPERIO DE OCCIDENTE EN 476 HASTA SU RESTABLECIMIENTO  
EN LA PERSONA DE CARLOMAGNO EN 800.

### CAPITULO PRIMERO.

SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE SAN SIMPLICIO (476-483). *Periodo segundo.*

1. Carácter general de la tercera época de la Historia de la Iglesia. — 2. Division política del imperio de Occidente. — 3. Concilio de Arles. — 4. Fausto, obispo de Riez. — 5. Persecucion de Hunerico contra la Iglesia de África. — 6. Revolucion de Constantinopla. Basileo destierra al emperador Zenon. — 7. Restablecimiento de Zenon. Reaccion á favor de la ortodoxia contra el eutiquianismo. — 8. Acacio, patriarca de Constantinopla, se hace eutiquiano. — 9. Publicacion del *Henótico*, por Zenon. — 10. Juicio teológico del *Henótico*. — 11. Juan Talaya, patriarca legitimo de Alejandria, arrojado de su silla, se refugia en Roma. — 12. Muerte de san Simplicio. Diversos actos de este papa en Occidente.

§ II. PONTIFICADO DE SAN FÉLIX III (8 de marzo de 483-28 de febrero de 492).

13. Eleccion de san Félix III. Pretension de Odoacro, rey de los Hérulos, al derecho de confirmar las elecciones pontificales. — 14. Concilio de Roma. Envío de legados apostólicos al emperador Zenon. — 15. Debilidad de los legados, que faltan traidoramente á su mision. — 16. Concilio de Roma. Condenacion de los legados. — 17. Deposition de Acacio. Nuevos legados enviados á Constantinopla: apostatan como los primeros, y son anatematizados por san Félix III. — 18. Acé-

II.

1  
007324



falos. — 19. Concilio de Roma. Confirmacion de la sentencia dada contra Acacio. — 20. Muerte de Acacio. Eufemio, sucesor suyo. — 21. San Sabas. San Teodosio el Cenobita. — 22. Gontamundo en África. Concilio de Roma á favor de los obispos católicos de África. — 23. Fin de la dominacion de los Hérulos. Teodorico el Grande, rey de los Ostrogodos, en Italia. Muerte de san Félix III.

§ I. PONTIFICADO DE SAN SIMPLICIO (476-483). *Periodo segundo.*

1. La época tercera de la Historia eclesiástica principia desde el momento en que el imperio de Occidente, desmoronado, dejaba su puesto libre á nuevos pueblos. Naciones colocadas hasta entonces fuera de la antigua civilizacion, agitadas por el movimiento intelectual, político y religioso, dado por el cristianismo, van á tomar asiento en la escena del mundo. La Iglesia, á los ojos de los Godos, Francos y Germanos, presentaba el espectáculo de una sociedad aparte, que no habia sido vencida con la sociedad romana, y que no habia sido abrumada bajo las ruinas del imperio. Así es que la influencia de la religion cristiana fué en aumento por causa misma de este grande acontecimiento político: y los obispos se hallaron naturalmente colocados al frente del mundo nuevo, á quien dominaban por la superioridad de una jerarquía mas fuerte y mejor consolidada que todas las instituciones, y mas duradera que el imperio. — Las diversas provincias del imperio estaban partidas y divididas entre Bárbaros, cuyo solo nombre espantaba á la raza romana, oprimida por do quiera como mas débil. Entre vencedores y vencidos, tenia pues la Iglesia que llenar el cargo de mediadora de paz y de misericordia: y en efecto llenó cumplidamente su mision. Fueron pues los papas y obispos un lazo, un vínculo de union cordial entre el elemento bárbaro y el de las antiguas nacionalidades: prepararon de este modo la fusion entre las razas, y fueron los padres de la civilizacion moderna. Un historiador moderno, Gibbon, aunque protestante, ha descrito con solo un rasgo de pluma este trabajo ó transformacion política, diciendo: « Nuestra sociedad ha sido formada por los obispos cual un panal por las abejas. » A medida que esparcia la Iglesia católica sus beneficios, los

pueblos agradecidos la investian de una especie de omnipotencia, aun temporal, y por esta razon veremos al pontificado dominar en la edad media á pueblos y á reyes, no por usurpacion del poder, sino por una consecuencia lógica, necesaria de los mismos acontecimientos.

2. Hé aquí cómo se hallaba partido el Occidente político despues de la caída del imperio. Ocupaban al África los Vándalos Arrianos; eran dueños de la España los Suevos y Visigodos; los Francos y Borgoñones se habian establecido en las Galias; los Anglo-Sajones en la Gran Bretaña; y en fin, en Italia los Hérulos y Ostrogodos. Todavía conservaban los emperadores de Constantinopla el dominio del Oriente; pero las intrigas palaciegas, las divisiones y luchas intestinas, la flaqueza de la autoridad, señales todas de una decadencia sin remedio, comenzaban á manifestarse mas al descubierto en este triste período, al cual se ha como estigmatizado con el nombre de Bajo-Imperio. Zenon, príncipe débil y caprichudo, juguete de los acontecimientos y de los hombres, incapaz de sostener los derechos de su corona, trataba de ejercer en los negocios espirituales una autoridad que no sabia hacer respetar en el gobierno de sus Estados, acabando así de dividir aun mas los espíritus, so pretexto de reconciliarlos. Por otra parte los Persas, dueños de las provincias de Armenia y de la alta Siria, proseguian contra el cristianismo el mismo sistema de persecucion que habia sostenido tan cruel y perseverantemente Sapor II. Tal era la situacion política y religiosa del mundo en 476, en el segundo período del pontificado de san Simplicio, marcado por la caída del imperio romano, que habia sucumbido bajo la espada de Odoacro, ese jóven Bárbaro bendecido por san Severino, y hecho despues rey de los Hérulos.

3. San Simplicio no habia abandonado á Roma en medio de todos estos trastornos; y continuaba rigiendo los destinos de la Iglesia, de la cual era cabeza, y socorriendo con sus exhortaciones y limosnas á las cristiandades afligidas con tantas revoluciones. Los Francos debian de ser el primer pueblo



bárbaro que habia de inclinar su cerviz bajo el yugo de la fe. Entre sus gloriosas prerogativas, esta nacion, destinada á hacer tan grandes cosas, debia de contar la de ser y llamarse la *hija primogénita* de la Iglesia. Al tiempo que los Francos vinieron á fijarse en las Galias, tenian estas al frente de su clero una generacion numerosa de santos obispos. Un concilio, celebrado en Arles (año 476) contra la herejía del *predestinarianismo*, nos presenta los nombres de san Paciente de Leon, San Sidonio Apolinar de Clermont, san Eufronio de Autun, y san Eutropio de Orange, que asistieron á él. Habia hecho necesaria la convocacion de este concilio el error de un sacerdote de la provincia de Arles, llamado Lucidio, á quien habian seducido las doctrinas de Pelagio. Se renovaron en él los anatemas pronunciados en otras circunstancias contra las conclusiones fatalistas de este sectario: « Anatema, decian los » Padres, al que sostenga que no habian recibido los condenados durante su vida los medios divinos para salvarse; y » que han sido precipitados los hombres en la muerte eterna » por la presciencia divina. Anatema á quien diga que Jesu- » cristo no ha muerto por todos los hombres, y que no quiere » que se salven todos los hombres. » Se echan de ver en estas fórmulas los errores jansenistas de esta época con muy pocas diferencias. El concilio de Arles no tuvo que decretar condenacion personal contra Lucidio; porque este reconoció su falta á la voz de Fausto, obispo de Riez, quien en conversacion particular le aclaró todas sus dudas, é hizo lucir en su entendimiento la luz de la fe católica, oscurecida por muy poco tiempo por los sofismas de Pelagio. Lucidio reconoció sus errores en una carta dirigida al concilio, en la cual van á la par la buena fe de su espontánea confesion y la claridad de su retractacion. « Vuestra condenacion, dice á los Padres, es salvacion para » los fieles, y vuestra sentencia cura á la vez que hiere. El » mejor medio de excusar mis pasados errores es reconocerlos » humildemente; y quiero justificarme con condenarlos abiertamente. » Un lenguaje tan noble por su humildad le honra mucho mas que un triunfo, si fuera posible. Esta sumision á

la voz de la autoridad es tradicion antigua en la Iglesia de Francia.

4. Fausto, obispo de Riez, acababa de dar ejemplo en su persona misma. En una obra acerca de la naturaleza de los espíritus, escrita con mas elegancia que exactitud, habia dicho que solo Dios era espiritual en la rigorosa acepcion de la palabra; y que los ángeles y las almas son sustancias de naturaleza mas elevada que la de los cuerpos, pero pertenecientes sin embargo al mundo material. Fué refutada esta doctrina heterodoxa con el mayor vigor por Claudiano, hermano de san Mamerto, obispo de Viena (del Delfinado). Claudiano, educado en la soledad, habia adquirido tesoros de erudicion. Familiarizado con el estudio de los autores de la antigüedad profana, versado en el conocimiento de las Escrituras, reunia, con una ciencia profunda, los dones exteriores de hacerla prevalecer. Se le consultaba como oráculo de ciencia y de santidad. Su hermano san Mamerto se lo habia agregado á su iglesia de Viena, haciéndole sacerdote, y cometiéndole gran parte de su episcopal administracion. Sus estudios anteriores le habian preparado admirablemente á desarrollar la doctrina católica acerca de la naturaleza del alma. Sus ideas, maduras mucho tiempo habia, para las cuestiones mas elevadas de la filosofía, se manifestaron con todo su brillo en los tres libros de la *Naturaleza del alma*, donde toma de muy arriba la cuestion, y echa por tierra las teorías erróneas de Fausto de Riez. Terminóse esta lucha con ventaja para ambos adversarios; porque Claudiano llevó modestamente su triunfo; y Fausto reconoció humildemente y sin doblez sus errores. Con todo los de Fausto eran excusables en alguna manera, por cuanto la Iglesia aun no habia decidido cosa alguna acerca de esta materia. Por lo cual, los sentimientos heterodoxos que ha consignado en algunos escritos inocentemente, no han impedido deje de ser venerado como santo en Riez, donde se edificó una iglesia bajo su invocacion. San Sidonio Apolinar le profesaba un aprecio y admiracion singulares. « Fausto, decia, parece haberse des- » posado con la filosofia despues de haberla hecho cristiana y



» humilde. Se la ha llevado consigo al monasterio, y ha hecho » que la filosofía de Platon sirva á la defensa de la Iglesia de » Cristo. Habla mas elocuentemente que sus maestros, y, lo » que vale aun mas, vive mejor que escribe. » En la misma época, san Ruricio ilustraba la silla episcopal de Limoges con sus virtudes. Salido de noble y rica familia, habia renunciado por Dios á sus haciendas, á las honras del siglo y á los lazos del matrimonio que le vinculaban con Heria, hija del patricio Omacio, por vivir en el retiro, pobreza y continencia. Elevado mas tarde al obispado, cuyo grave y augusto cargo jamás soñó en desear, invirtió sus riquezas en hacer construir cerca de Limoges una iglesia magnífica en honor de san Agustin, cuyo ilustre nombre era tanto mas amado de los obispos de las Galias, cuanto mas habia tratado de vituperarlo la herejía pelagiana. En el propio tiempo, un poeta cristiano, Paulino de Perigueux, á petición de san Perpetuo, obispo de Tours, escribia en verso la vida de san Martin. — Pomerio, natural de la Mauritania, venido á las Galias á consecuencia de la persecucion de los Vándalos en África, y escogido por sus eminentes cualidades para gobernar un monasterio contiguo á Arles, publicaba un diálogo sobre la *Naturaleza del alma* y un tratado acerca de la *Institucion de las vírgenes*, que no han llegado á nuestros tiempos. Solo nos quedan de este autor los tres libros sobre la *Vida contemplativa*, atribuidos por largo tiempo á san Próspero.

5. En tanto que veian tan floreciente la fe en su seno las Galias á la sombra de santos é ilustres obispos, unidos de corazon con la silla de Roma, gemia la Iglesia de África bajo la tiranía de los Vándalos, que se esforzaban en plantar en su suelo el arrianismo por la fuerza brutal. Genserico, muerto el 25 de enero de 477, despues de un reinado de treinta y siete años, tuvo por sucesor á su hijo primogénito Hunerico, casado con la princesa Eudoxia, hermana de Zenon, emperador del Oriente. Esperaban en un principio los católicos que la influencia de la nueva reina les seria favorable. La iglesia de Cartago, privada de su prelado veintisiete años habia, no ha-

bia podido lograr de Genserico la libertad de escoger un sucesor. La intervencion de Zenon arrancó á Hunerico esta autorizacion; pero el Vándalo puso una condicion que faltó poco para que anulara su efecto. El edicto que permitia proceder á la eleccion, leído públicamente por Vitarito, notario real, estaba concebido en estos términos: « Nuestro amo, á instancias del » emperador Zenon y de la nobilísima Placidia, su hermana, os » autoriza á elegir un obispo á gusto vuestro, con condicion de » que los obispos de nuestra religion, en Constantinopla y otras » provincias del Oriente, tendrán libertad de predicar en sus » iglesias, en el idioma que quisieren, y de observar la reli- » gion á su manera, como vosotros teneis la libertad aquí y en » las demás iglesias de África, de celebrar misa, predicar y » observar vuestra religion. Si esto no se cumpliera, el obispo » que fuese ordenado aquí y los demás obispos serán confina- » dos á tierra de Moros. » Esto era quitar con una mano lo que se daba con la otra. Los obispos presentes á la lectura de este edicto capcioso, exclamaron que renunciaban á una eleccion impuesta bajo de condiciones tales que no estaba en su mano cumplir, y que dejaban abierta la puerta á las persecuciones. Mas el pueblo, sin pastor mucho tiempo habia, insistió por que se pasase adelante á pesar de la cláusula restrictiva. Fué elegido por unanimidad un santo sacerdote de Cartago, llamado Eugenio: le habian hecho acreedor á esta espontaneidad popular su humildad, caridad y misericordia: su episcopado probó que eran sinceras y sublimes. Obraba Eugenio maravillosas conversiones con su predicacion y aun mas con sus obras. Entretanto, los obispos arrianos pensaron detener los progresos de su apostolado, haciendo que Hunerico le prohibiese recibir en el seno de la Iglesia ningun cristiano de la raza de los Vándalos: de este modo creyeron limitar el celo del santo obispo al círculo de los Africanos indígenas, afectos de tiempo inmemorial al catolicismo, é impedir convertir á la verdadera fe á los Arrianos. Se negó Eugenio á órdenes tan inicuas, diciendo: « La casa de Dios está abierta para todos; » nadie puede arrojar de ella á los que entraron. » Esta nega-



tiva fué la señal de la persecucion. Verdugos, puestos por Hunerico á las puertas de las iglesias, arrancaban los ojos ó el pelo á los Vándalos que se presentaban. Los católicos, honrados en la corte por sus empleos ó dignidades, fueron desterrados á los llanos de Útica y condenados á los trabajos públicos mas penosos. Las vírgenes consagradas á Dios padecian los mas espantosos tormentos, para obligarlas de este modo á declarar en falso contra la honra de los obispos y clérigos católicos. Finalmente se expidió un decreto sanguinario, maltratando y vejando cruelmente á los mas fervorosos obispos, sacerdotes y diáconos católicos, en número de cuatro mil novecientos setenta y dos, y desterrándolos á los desiertos de la Mauritania. Los fieles les iban saliendo al encuentro por todo su paso en grupos numerosos, por manera que los valles y montañas se cubrian de católicos que, llevando velas encendidas en la mano, pedian para sí y para sus hijos la bendicion de los santos mártires.

Verificóse en el dia señalado por el mismo Hunerico una conferencia entre los obispos católicos y los arrianos, en Cartago, el 1.º de febrero de 484. Convocada por hombres de mala fe, solo sirvió de pretexto á Hunerico para renovar la persecucion. Los católicos habian escogido para llevar la palabra á diez de sus principales obispos. Mas no se les quiso escuchar. Se presentó á los ojos mismos de Hunerico y de los prelados arrianos una nueva profesion explicita de fe, que contenia la doctrina ortodoxa acerca de la unidad de sustancia y la Trinidad de las Personas divinas, y que hacia ver la necesidad de emplear el término de *consustancial* ó el de *ὁμοούσιος*, la divinidad del Espíritu Santo, y en general todos los dogmas combatidos por el arrianismo. El rey bárbaro respondió con un decreto que cerraba todas las iglesias católicas, confiscaba sus bienes y denunciaba á los obispos y clérigos ortodoxos á las pesquisas de los tribunales. Todos cuantos habian asistido á esta conferencia fueron prendidos, llevados á buques y desterrados á la isla de Córcega, en donde se les hacia trabajar en maderos para construccion de navíos. Los fieles

que se mantuvieron constantes fueron horriblemente atormentados. Quedaron despobladas ciudades enteras, por haberse desterrado á todos sus habitantes, y hécholes cortar la lengua hasta la raíz por mano de los esbirros del rey africano. San Eugenio, obispo de Cartago, fué desterrado á un desierto vecino, cerca de Trípoli, y puesto bajo la vigilancia de un obispo arriano, que le guardó mucho tiempo preso en un calabozo húmedo, para que acabara allí sus dias; pero el Señor le conservó su vida tan preciosa. Los obispos arrianos se erigieron por sí mismos en jueces y verdugos. Recorrian los campos y lugares al frente de tropa armada, rebautizaban á cuantos podian hallar por los caminos, y por do quiera multiplicaban las víctimas de su furor. Entretanto consumia lentamente el cuerpo de Hunerico una enfermedad espantosa, desconocida y reputada por un castigo del Cielo: y en efecto, murió, en medio de atroces dolores, á fines del año 484. Este acontecimiento suspendió la persecucion, é hizo regresar á su patria á muchos desterrados. El historiador de esta lucha de la Iglesia de África contra el vandalismo arriano, Víctor, obispo de Avito, nos presenta los nombres y detalles de los padecimientos de numerosos mártires, que vertieron su sangre por la fe. Como testigo ocular de los hechos que cuenta, deportado y perseguido como los otros, hace la descripcion en términos enérgicos y llenos de interés: viene á ser su libro un largo martirologio, escrito con espíritu de fe y caridad, por la pluma de un mártir.

Nunca faltaron al dogma católico apologistas en esta comarca, como en las demás, en que solo el nombre de católico era título de persecucion. Escribian, bajo el cuchillo mismo de los verdugos, muchas obras que aun conservamos. Antonino, obispo de Cirta, dirigia á los confesores un *Tratado justificativo* de su fe, en el cual los animaba á padecer por Dios y por la verdad. Cereal, obispo de Castelo, en la Mauritania Cesárea, actualmente la Algeria; Víctor, obispo de Cartena en la misma provincia; Asclepiades, obispo en el territorio de Bagaya en la Numidia, refutaban los errores de los Arrianos y